

Director y Admor.,  
Hernán Valverde L.

Redactor y Editor,  
Napoleón Pacheco S.

# EL JUVENIL

Vocero de la Juventud

AÑO I

SAN JOSÉ, 1º DE SETIEMBRE DE 1914

NÚMERO 9

CONDICIONES:

Número suelto 0.05  
Suscripción mensual 0.10

Toda correspondencia debe dirigirse al Dico de Costa Rica



## Un ramo de "bellisimas"

La mañana coloreaba de rosa el cielo; de la pradera—cubierta con un manto de esmeralda regado de abalorios,—elevábase un tenue vapor semejante al que se forma en torno de las narices de los animales en las primeras horas del día.

En frente de la pradera, en cuyo largo seto las *bellisimas* abrazadas a las mosquetas perfumaban el aire fresco del camino, un jardín hermosamente dispuesto, sembrado de naranjeros y palmeras, parecía esponjarse, como sus flores, para bañarse en ondas de luz.

Dos niñas recorrían las callecillas del jardín. Una de diez años, espigadita, rubia, de cabellos caídos en largos bucles, de ojos azules de limpidez profunda; llevaba sostenidas en su delicada mano dos de las puntas de un delantal blanco, formando así una cavidad, dentro de la que había pensamientos amarillos y negros, violetas blancas y azulinas, claveles y jazmines.

Su hermanita, de unos siete años, con ojos tan negros como sus rizos, cortaba ramillas de *palma oriental*, alejándose a lo largo de las eras hasta encontrar el vallado. Alzó la vista y miró al otro lado las mosquetas y las *bellisimas*. En el jardín no había de esas enredaderas. Tan tupida estaba la cerca que era imposible salir; sin embargo, caminando a la vera halló un portillo. Pasó, cortó un ramo y corriendo se dirigió a su hermana:

—¡Elia, mira, cogí *bellisimas*! ¡Huele!

—¡Qué bonito! ¡Qué olor

tan fino! ¿De donde las tomaste?

—Vamos, si quieres.

Elia se desabotonó el delantal para dejarlo con las flores y siguió a su hermana. Al aproximarse al portillo le preguntó:

—¿En donde están?

—Vélas en ese otro seto.

—¡Hijo de Dios! ¡María, has hecho un pecado! ¡Has cogido una cosa ajena!

María palideció sin apartar un momento los ojos de los de Elia.

No comprendía nada, pero el tono de su hermana era suficiente para infundirle temor.—Después de unos instantes de silencio María se atrevió a decir:

—Pero Elia, si allí no hay casa, ni está nadie.

—Eso no importa, porque nada de lo que se encuentra fuera de esta cerca es nuestro.

María permaneció confusa y al fin consultó a su hermana:

—¿Ahora qué hago?

—¿Ahora? Irás a pegar ese ramo en el mismo palito en donde estaba.

—¿Y si no se puede?

—Mamá—contestó Elia—me ha contado que las niñas cuando son buenas pueden pegar las flores que ellas mismas han cortado.

Persuadida la menor por este razonamiento quizo hacer el tanteo: largo rato duró sosteniendo unidos los dos extremos para ver

si podía ingertarlos, mas no fué posible. Desesperada la niña hubo de separar una mano para enjugar las lágrimas que ya comenzaban a trazar en sus mejillas sendos hilos brillantes, y sin volver el rostro le gritó a Elia que no se podía.

—Eso quiere decir que tú no eres buena—fué la respuesta de Elia. María continuó sus estériles esfuerzos, hasta que, cansada de conservar en suspenso los brazos, tornó a llamar a su hermana.

—¡Ven tú que eres buena!

Elia, viendo entonces las lágrimas de María, ya no pudo contenerse. Se allegó, y para consolarla, advirtiéndole que podía cesar el pecado dejando el ramo allí.

—¿Y por qué no lo pegas?

—Porque yo no lo corté, sino tú.

—¿Cómo haces para ser buena?, preguntó María a la mayor, enjugándose los ojos, después de caminar algún trecho.

—Yo no sé—repuso Elia—debe ser rezando mucho.

—Desde esta noche voy a seguir rezando bastante—dijo con acento conmovido la menor de las dos niñas que, presurosas, luego de haber recogido el delantal lleno de flores, desaparecieron del jardín, dejando tras de sí unas cuantas gotas perfumadas é inocentes, salidas de su puro corazón.

Copia de DOMINGO ESQUIVEL CH.

NOTA: Esta composición fué copiada casi literalmente por el joven, de un manuscrito de 1895, firmado por un señor que es hoy un gran intelectual costarricense. Sin duda es un ensayo de sus mocedades.

RESERVADO  
para la Sastrería  
Gonzalo Artavia

Suscribase o compre  
EL JUVENIL

## Nuestros profesores

Licenciado don  
Francisco Montero Barrantes



encuentran la "Historia de Costa Rica", y la "Geografía de Costa Rica" que son obras de valor para los estudiantes.

Ultimamente se ha publicado una cuarta edición del "Compendio de Geografía de Costa Rica" la que ha sido recibida por la juventud intelectual con muestras de simpatía.

Al trazar estas líneas, y engalanar nuestras columnas con la fotografía del Lic. Montero Barrantes, permítanos enviarle nuestras felicitaciones calurosas por el triunfo obtenido con su última publicación.

FERNANDO

Suscribase a EL JUVENIL

Es sin disputa alguna uno de los señores profesores del Liceo de Costa Rica que más se han esforzado por el adelanto intelectual de los batallones de jóvenes que han pasado por las aulas del Liceo. Es un batallador constante a quien no ha amedrentado nunca el temor y que lleva en su vida un escudo limpio y una gentileza poco común.

Los datos para una biografía completa del Lic. Montero Barrantes, sería el ejemplo más hermoso que se puede poner a

los jóvenes estudiantes por que es una vida dedicada constantemente al trabajo, y esto está demostrado con las obras publicadas por el Lic. Montero Barrantes, y que hoy forman parte principal en los anaqueles de las mejores Bibliotecas.

Entre las obras publicadas por el Lic. Montero Barrantes se

## En el mar

(Continuación)

Antonio enrojeció de emoción y apresuradamente echó al mar el aparejo con un anzuelo grueso como un dedo.

Las aguas se enturbiaron y la barca se conmovió, como si alguien con fuerza colosal tirase de ella deteniéndola en su marcha e intentando hacerla zozobrar. La cubierta se bamboleaba como si huyese bajo los pies de los tripulantes, y el mástil crujía a impulsos de la hinchada vela. Pero de pronto, el obstáculo cedió y la barca, dando un salto, volvió a emprender su marcha.

El aparejo, antes rígido y tirante, pendía flojo y desmayado. Tiraron de él y salió a la superficie el anzuelo, pero roto, partido por la mitad, a pesar de su tamaño.

El compadre meneó tristemente la cabeza.

—Antonio, ese animal puede más que nosotros. Que se vaya y demos gracias porque ha roto el anzuelo.— Por poco más vamos al fondo.

—¿Dejarlo?—gritó el patrón—. ¡Un demonio! ¿Sabes cuanto vale esa pieza? No está el tiempo para escrúpulos ni miedos. ¡A él! ¡A él!

Y haciendo virar la barca, volvió a las mismas aguas donde se había verificado el encuentro.

Puso un anzuelo nuevo; un enorme gancho, en el que ensartó varios roveles, y sin soltar el timón agarró un agudo bichero. ¡Flojo golpe iba a soltarle a aquella bestia estúpida y fornida como se pusiera a su alcance!

El aparejo pendía de la popa casi recto. La barca volvió a estremecerse, pero esta vez de un modo terrible. El atún estaba bien agarrado y tiraba del sólido gancho deteniendo la barca, haciéndola danzar locamente sobre las olas.

El agua parecía hervir; subían a la superficie espumas y burbujas en turbio remolino, cual si en la profundidad se desarrollase una lucha de gigantes, y de pronto la barca, como agarrada por oculta mano, se acostó, invadiendo el agua hasta la mitad de la cubierta.

Aquel tirón derribó a los tripulantes. Antonio, soltando el timón, se vió casi en las olas; pero sonó un crujido y la barca recobró su posición normal. Se había roto el aparejo, y en el mismo instante apareció el atún junto a la borda, casi a flor de agua, levantando enormes espumarajos con su cola poderosa. ¡Ah, ladrón! ¡Por fin se ponía a tiro! Y rabiosamente, como si se tratara de un enemigo implaca-

ble, Antonio le tiró varios golpes con el bichero, hundiendo el hierro en aquella piel viscosa. Las aguas se tiñeron de sangre y el animal se hundió en un rojo remolino.

Antonio respiró al fin. De buena se había librado: todo duró algunos segundos; pero un poco más, y se hubiera ido al fondo.

Miró la mojada cubierta y vió al compadre, al pie del mástil, agarrado a él, pálido, pero con inalterable tranquilidad.

—Creí que nos ahogábamos, Antonio ¡Hasta he tragado agua! ¡Maldito animal! Pero buenos golpes le has atizado. Ya verás como no tarda en salir a flote.

—¿Y el chico?

Esto lo preguntó el padre con inquietud, con zozobra, como si temiera la respuesta.

No estaba sobre cubierta. Antonio se deslizó por la escotilla esperando encontrarlo en la cala. Se hundió en agua hasta la rodilla: el mar lo había inundado. ¿Pero quién pensaba en esto? Buscó a tientas en el reducido y oscuro espacio, sin encontrar más que el tonel de agua y los aparejos de repuesto. Volvió a cubierta como un loco.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

(Continuará)

## HORAS...

Para "El Juvenil"

El domingo nos trae gratos recuerdos que se esfumaron con las alegres añoranzas de la adolescencia.—Gerardo Vega C.

Ah, las mañanas dominicales de la ciudad! Aquí, en esta paz serena, legendaria, tienen ellas una cordial manera de entrarse al corazón, que ninguna otra mañana acude a la memoria. Son únicas, singulares, en su clara alegría de campanas llamando a misa.

Muy hondamente habréis sentido la virgiliana égloga que un domingo de aldea dice por la mañana, con el retintín de sus pequeñas esquilas, la fachada humilde de su ermita y las mudas callejuelas donde la yerba verde hace brillar al sol las cristalinas gotas de rocío. Todo esto lo habréis sentido muy en el interior; y en verdad que es ello para la ventura y tranquilidad del alma.

Pero esta vida ciudadana tiene también su canción profunda, poemática, en las graves y jubilosas horas de las mañanas dominicales; cuando por el aire vuelan voces solemnes de campanas, de campanas sonoras que con lentitud se mecen en lo alto de las vastas iglesias; cuando por las amplias calles pasan a misa, así la beata setentona de apergamina de tez, de grises ojillos maliciosos, arrebuja en su pañolón de lana antigua; como la muchacha adorable de ojos azules y cabellera de oro, y la novia pálida de pupilas negras en donde la noche tejó un misterio amoroso y complicado...

Desde en la suave madrugada empieza la canción que dice del amable descanso dominical. Al primer repique de la vecina iglesia, al primer destello rosado del

alba que se asoma por la entreabierta ventana, el alma despierta con la plena conciencia de que el día piadoso ha llegado, se incorpora como una virgen que espera la hora de las nupcias felices, y luego tienen un voluptuoso y dulcísimo bostezo...

Fuera las calles parecen más plácidas; diríase que se han vestido de un oro nuevo, que el buen Sol ha tenido a bien dejarles caer desde el alto y luminoso azul. Y en el templo, la novia oyendo misa, toda ansiosa, con un resplandor de suprema bondad y fervor supremo en sus pupilas. Y luego, verla salir, recatada, con unas ojeras levísimas que cuentan cosas ilusorias de su espíritu sutil; verla pasar con su dulce abandono matinal...

Alegría serena! Júbilo claro de las graves mañanas dominicales de la ciudad...

PAROS

## Mirada de amor

Estaba pálido...sus pobres angustias de estudiante venido de lejos, talvz habían incluido en aquella palidez...palidez de hombre que sufre; de hombre que cumpliendo sus deberes, tenía al par que de ellos una angustia mortal.

Mas esa angustia estaba oculta, nadie la descubría, era un misterio.

¿Talvez su estudio?, podría ser, pues era el mejor estudiante de la clase, pero se revelaba en él una honda meditación, y se comprendía que su alma no estaba en él, volaba...volaba quién sabe donde.

No salía. Día y noche estudiaba con unos compañeros admiradores suyos que necesitaban de su ayuda.

Siempre decía bien sus lecciones, se complacía con ello, o alguna fuerza exterior se lo obligaba. Se le comprendían las an-

sias de elevarse, talvz para mayor facilidad de algo que aguardaba en lo futuro; más nadie lo sabía, era un rumor.

Y en fin, no sacando la respuesta de su palidez y aquel pesar, olvidé todo aquello.

\*\*

Una tarde silenciosa, casi muerta, en que el sol ya se esfumaba en las sombras del ocaso, me fuí a aquel jardín tan rumoroso, todo melancólico, a saborear la idea ferviente que nos revela la poesía, en esas horas de quietamiento, de soledad y calma.

Y distinguílo. Venía por el frente de la verja. Su paso largo se volvió muy quedo; lo ví erguirse un poco más y componerse el cuello; lo ví mas rojo, lo ví más bello.

Y mi vista lo siguió. Sus ojos de violeta se elevaron devorando una ventana, a una ventana sola.

Paséose varias veces frente a ella, y hasta que al fin la pudo saludar, y sació su ansia, su ansia de verla.

Después ambos se miraron mucho y se dijeron con la vista sus pesares, pesares de amargura. Todo lo comprendí; supe que se amaban, y encontré la respuesta, la respuesta aquella.

\*\*

Así es el estudiante; después de cumplir con su tarea, va a su descanso a refrescar su espíritu, o va a sufrir viéndola...viéndola sin decirle nada...

R. ALVAREZ B.

## Se suplica

A todos los suscritores que pidan el periódico al encargado o al Administrador el mismo día que se lleva, pues no es posible conocerlos a todos; por eso es que muchos han dejado de recibirlo.

## El Océano

¡Océano, que grande eres! Tus numerosas aguas tranquilas duermen en el misterio. Vives solo y acompañado, pues en el puerto las velas te acompañan, y en el retiro los hielos te estrujan.

Sufres como un ser humano, pues cuando lloras, el mundo se estremece y tus aguas se agitan con violencia.

La noche bendita en que naciste, era tan oscura como tus cuencas sepultadas. Los animales te devoran, pero eres tan inmenso que nunca te agotan. Conoces a la humanidad, y nunca la has visto; ella si te ve, y no te conoce, porque la fuerza que posees es tan grande, que hace naufragar el menor intento de su curiosidad eterna.

Estas sujeto al destino, pues en sus horas de fastidia, arroja sobre ti bocanadas irritantes de su terrible cólera, que te provocan la indignación, y como un titán te revuelcas en las hondas cuencas de la tierra.

¡Tiembles! Todo escucha: hasta el gigante de tus aguas se estremece, agita su cola formidable, y con fuerza incognoscible, arroja la barca al abismo.

—¿Quién será?, pregunta el marino al contemplar desde la proa de su buque la lucha formidable de tus olas gigantescas, y al chocar unas con otras responden:

—Es la tempestad.

Es de noche. Una luz débil se ve en el confín de tu espacio. Canta la noche como una musa al despertar la aurora, pero con voz tenebrosa y lejana. Tal vez es el pescador que en su barca entona melodías, mientras llega la presa a imponerle trabajo.

El faro, con su luz potente y penetrante, te cuida desde la playa. Vela la noche entera, y con su tristeza rara, parece que oye desde su altura, el ronquido de tu sueño tranquilo.

## Los anónimos

Lanza vil, putrefacta: la herida que produces es dolorosa, que-  
ma...

¡Maldito pecado mundano! ¿Porqué muerdes a la honra? ¿Acaso es estopa tuya?

El hombre que con su puñal hiere y desgarrar el corazón de un ser, es miserable; mientras el hombre que con la carta sin firma e ingrata intenta contra la honra, es criminal, es bazofia humana.

Ni Dios mismo, al recibir en sus manos al hipócrita que ocultando su firma sacia su corazón en el goce del maldito, le perdona.

*Napoléon Pacheco S.*

## Los naufragos

La barca había naufragado; pasajeros y tripulantes se encontraban casi en alta mar, en una inmensa roca; por todos eran como veinticinco. Ya llevaban dos horas de permanecer allí y de no comer; casi estaban desnudos.— La marea iba subiendo e iba cubriendo poco a poco la roca, y el sufrimiento aumentaba.

A lo lejos ninguna embarcación se veía; la muerte se les aproximaba. Entonces se incaron y elevando sus miradas a Dios, rezaron; pero el océano no tuvo compasión. De repente todos enmudecieron y se desesperaron.

Ya el naufragio iba a cumplir siete horas y los naufragos estaban moribundos.

Uno de ellos que estaba en el borde de la roca y con los pies metidos en el mar, parecía que reflexionaba. De pronto una idea cruzó por su cerebro y en sus labios se asomó una sonrisa. Sacó de su faltriquera un frasco que de casualidad le había queda-

do, al tiempo que un lápiz. Iba a escribir, pero no tenía papel.

—¿Quién tiene una hoja de papel?—preguntó—al tiempo que se levantaba.

—Yo—dijo uno que estaba de pie detrás de él—sacando un pedazo de libreta húmeda y dándole a su compañero.

—Ahora si, talvez nos salvemos; y escribió, dobló el papel, lo introdujo en la botella que tapó casi herméticamente y la arrojó al mar, al tiempo que decía:

—¡Dios mío, has que las aguas del océano lleven con sigilo esta botella y que la depositen en la playa, cerca de mi casa, pues es nuestra salvación!

Y arrodillándose, oró largo rato.

En toda la extensión de la playa se encontraban casas, más o menos pobres. Como ya la noche iba cayendo, nadie se veía fuera. Solamente dos niños, que todavía jugaban; eran muy rubios y muy bellos.

*(Continuará)*

## A los suscritores

Con el presente número les queda satisfecha la suscripción trimestral a los que se suscribieron en el número 4. De ahora en adelante no habrá más suscripciones trimestrales; solamente mensuales, comenzando desde el 15 de setiembre.

Por supuesto hay que exceptuar a aquellos que quedaron suscritos después del número 6, que se les completará hasta el número 11.

## DE ADMINISTRACIÓN

**Zapatería**  
R. Aquiles Sánchez  
Calle Cental Sur